

Prefacio a la presente edición

Este libro es la traducción del que publicó en 1972 la Oxford University Press bajo el título *Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement*. Agradezco a los responsables de la prestigiosa colección Anejos de *La Perinola* el que hayan creído que, incluso después de casi cuarenta años, valdría la pena poner este libro más al alcance de los hispanistas de habla castellana. Quisiera expresar mi más caluroso agradecimiento al Director de los Anejos de *La Perinola*, profesor Ignacio Arellano, su enésima gentileza al haber revisado mi traducción; también quiero agradecer a los doctores Álvaro Baraibar y J. Enrique Duarte del GRISO de la Universidad de Navarra por la labor de maquetación y corrección del texto.

Aunque se han publicado estudios que contribuyan a completar, complementar o corregir este libro —la mayoría de los cuales se incluyen en la «Bibliografía suplementaria»—, he preferido traducirlo al castellano, tal cual, a tratar de refundirlo, ya que el enfoque de mis investigaciones sobre la cultura del siglo xvii se alejó hace tiempo de la influencia de la filosofía estoica en España.

Esta traducción se ha realizado dentro del Proyecto HUM-2005-02482-FILO («Diego de Saavedra Fajardo —1584-1648— y las corrientes intelectuales y literarias del humanismo») de la Secretaría General de Política Científica y Tecnológica (Dirección General de Investigación).

Prefacio a la edición original

En su época el nombre de Quevedo ya era conocido a través de Europa, gracias a los *Sueños* y *La vida del Buscón*. En España, donde ya en vida de Quevedo llegó a ser el autor literario de mayor éxito de ventas, se le conocía además como poeta, polemista y moralista. Si hoy se le reconoce mundialmente como uno de los escritores más complejos, y hasta más contradictorios, de la Edad de Oro, para sus contemporáneos no resultó menos difícil llegar a obtener una visión equilibrada de ese hombre que contó, entre sus primeras obras en prosa que aparecieran en letras de molde, la vida de un santo valenciano y una colección de chistes escatológicos. A la vez que sus enemigos denunciaban públicamente sus escritos a la Inquisición, sus amigos y admiradores no se cansaron de elogiar su ingenio y su erudición. Cuando, como ocurrió a menudo, le comparaban con escritores de la Antigüedad clásica, era frecuente recordar a Séneca. Un admirador suyo declaró que Quevedo era tan sutil y tan profundo como Séneca; otro, que su sabiduría tan concisa y poco afectada hacía perder las ganas de leer a Séneca; y otro, que él era (después del orador y del filósofo, o del filósofo y del trágico) un tercer Séneca. Más de uno afirmó que escribía como un Séneca convertido al cristianismo. Su «estoicismo cristiano», que durante muchos años se ha considerado como formando parte de un presunto *senequismo* supuestamente más o menos innato en «el carácter español», ha comenzado tan solo recientemente a ser objeto de atención crítica y a ser reconocido como perteneciente a un movimiento que, a principios del siglo xvii, se extendió en gran parte de Europa¹. Sin embargo, falta todavía definir con claridad y cuidado la naturaleza exacta del desarrollo de su interés en los estoicos y sus doctrinas, el lugar que él ocupa dentro del movimiento neoestoico, y la relación que guardan sus obras estoicistas con el resto de su obra.

A la hora de abordar estas cuestiones me ha parecido que vale más tomar como punto de partida la consideración de cada obra por separado, que no intentar un análisis conceptual que corriese el riesgo de perder de vista el funcionamiento de las ideas y las opiniones estoicistas de su autor en los contextos en que operan. Cabe observar también que empleo libremente los términos *estoicista* y *senequista* para referirme a ideas, argumentos y actitudes, los cuales, aunque a veces Quevedo los haya bebido en otras fuentes, derivan en última instancia de, o bien coinciden con, sentimientos expresados por los estoicos en general, o por Séneca en particular.

Al publicar esta versión revisada y abreviada de mi tesis doctoral presentada en la Universidad de Oxford, aprovecho gustosamente la oportunidad para dejar constancia de mi gratitud a los que me han brindado

¹ Ver, sobre todo, Rothe, 1965b, y Blüher, 1969.

inspiración, orientación y cooperación, muy especialmente al profesor Peter Russell por haberme propuesto el tema de la tesis y por haber supervisado con paciencia sus progresos; al profesor Nigel Glendinning por su respaldo moral y sus valiosas sugerencias; al profesor Edward Wilson, al Dr. Ronald Truman, al Dr. Cyril Jones, al Sr. Alec Douglas y al Sr. Jeremy Fox por sus buenos consejos y su crítica constructiva; al profesor James O. Crosby por haber puesto generosamente a mi disposición su pericia y su material bibliográficos; al conde de Doña Marina por haberme dado acceso a su ejemplar de las obras de Séneca que contiene anotaciones de la mano de Quevedo; al Sr. Gordon Chapman por haberme iniciado en el estudio de la literatura española; al Dr. Patrick Whitmore por haber despertado mi interés en la historia de las ideas; y al personal de las bibliotecas y archivos donde he trabajado.

Es también un placer para mí dar las gracias, tanto a mi padre como al profesor Ian Michael, por la ayuda que me han prestado en la eliminación de expresiones poco claras y en la corrección de las pruebas de este libro.